

SERMÓN DE LAS SIETE PALABRAS
SEXTA PALABRA
“TODO SE HA CONSUMADO”
POR ROBERTO OCTAVIO GONZÁLEZ NIEVES, OFM
ARZOBISPO METROPOLITANO DE SAN JUAN DE PUERTO RICO
VIERNES SANTO, 21 DE MARZO DE 2008

Hoy estamos reflexionando sobre la pasión del Señor y las palabras que pronunció desde el árbol de la cruz plantado en el medio del Gólgota. Ya hemos reflexionado sobre cinco palabras y luego de la séptima tendremos la celebración de la pasión del Señor, la adoración de la cruz, el vía crucis viviente y la procesión. La expresión de fe en la liturgia del viernes santo no debe ser una meramente fundamentada en el sentimentalismo. Muy bien escuchamos esta advertencia de Jesús, en su propio vía crucis, a las mujeres de Jerusalén que no lloren por él. En estas liturgias, no es suficiente solo reflexionar en el sufrimiento de Jesús; las palabras de Jesús en la cruz deberían ser una escuela de fe, de esa fe que por su propia naturaleza «actúa por la caridad» (Ga 5, 6) y nos lleva a darle el verdadero significado del sacrificio de la cruz, un sacrificio de amor, perdón y reconciliación.

Los cristianos debemos ser personas sensibles; personas con un corazón de carne y no de piedra, según la profecía de Ezequiel. Las palabras de Jesús en la cruz nos muestran al Dios que padece él mismo los sufrimientos de los seres humanos y cuyo amor no permanece impassible y alejado, sino que viene a estar con nosotros hasta el extremo, hasta su muerte en la cruz (cf. Flp 2, 8). Hoy nos habla tendido desde la cruz el Dios que comparte nuestras amarguras, el Dios que se ha hecho hombre para llevar nuestra cruz, quiere transformar nuestro corazón de piedra y llamarnos a compartir también el sufrimiento de los demás; quiere darnos un «corazón de carne» que no sea insensible ante la desgracia ajena ni antes las injusticias, sino que sienta compasión y nos lleve al amor que cura, socorre y transforma.

A nuestros corazones, a veces de carne, a veces de piedra, ¿Qué nos dice la sexta palabra de Cristo en la Cruz? Todo se ha consumado. Desde la cruz, Jesús contempla a un mundo que, creado por su Padre, ha sido destrozado por la maldad humana. ¿Qué es lo que se ha consumado? ¿A qué se refiere Jesús? Lo que se ha consumado no es la maldad humana; no es la victoria del poder maligno sobre el poder de Dios. Tampoco es la victoria de la muerte sobre la vida.

Personas que se han dedicado a estudiar y escribir sobre las palabras de Jesús en la cruz nos interpretan que la expresión “todo se ha consumado” o “todo se ha cumplido” se refiere a que se cumplieron en Jesús las profecías de los salmos y los profetas en que se decía: “en mi sed me dieron vinagre” o que hablan del siervo sufriente, se han cumplido las escrituras que nos hablan del cordero pascual.

También se dice que esta frase, “todo se ha cumplido” se refiere a que Jesús, al punto de expirar, nos anunciaba que con su muerte ya él había cumplido la voluntad del Padre. Pues Jesús no vino a cumplir las profecías sino que vino a cumplir con estricta, absoluta y plena obediencia a la voluntad de quien lo envió. Pues Jesús mismo, en su vida pública nos había dicho, en Juan 6, 38 que “he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”; en Juan 4, 34 que: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra”. Pero al Jesús hacer la voluntad del Padre, ciertamente cumple con las profecías, porque él era el Mesías anunciado por los profetas.

“Todo se ha consumado,” en palabras de Jesús, significa que el plan de Dios para salvar al mundo, para salvarnos a nosotros, se ha realizado en la cruz por la obediencia de Jesús.

“Todo se ha consumado” gritó Jesús desde la cruz y nos lo sigue gritando todavía a nosotros, para que nos demos cuenta que Él es el Hijo de Dios; Aquél que anunciaron las profecías; Aquél a quien Juan identificó como el Cordero de Dios; Aquél que con su muerte en la cruz cumplió con la voluntad del

Padre; Jesús, quien nos habla desde la cruz es quien con su muerte y sangre derramada quitó el pecado del mundo; Él es el Príncipe de la Paz, a quien único debemos acudir porque es quien solo tiene palabras de vida eterna.

¿Podemos decir nosotros lo mismo? ¿Podemos decir que estamos cumpliendo con la voluntad de nuestro Padre Celestial? ¿Estamos amando a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos? ¿Hay coherencia entre las exigencias de nuestra fe y el modo en que conducimos nuestras vidas y la de nuestros familiares? ¿Hay coherencia entre las exigencias evangélicas y el modo en que nos comportamos en el trabajo, en el comercio, en la cultura, la educación, el entretenimiento, en el servicio público? Esas preguntas debemos conversarlas en nuestra intimidad espiritual con Jesús, en nuestra cercanía a su calvario y reevaluar nuestra fidelidad a Dios, no para reprocharnos, sino como hijos e hijas pródigos retornar a la casa del Padre y decirle: Padre hemos pecado contra el cielo y contra ti, perdónanos, muéstranos tu misericordia, danos tu perdón y muéstranos tu salvación.

Que todos y todas, al final de nuestras vidas también podamos dirigirnos al Padre Amoroso y decirle: "Todo se ha consumado."